

---

BIB

Miguel Barreras Alconchel

## FRAN, UN TIPO RARO

El destino quiso que mi existencia laxa y rutinaria coincidiera en tiempo y espacio con la de Fran. Un tipo curioso. Y peligroso: Fran. No olvidaré su nombre, aún sólo por maldecirlo. Aquel perturbado me contagió sin remedio. Maldito sea.

Todavía no me explico cómo ese tipo acabó trabajando en la cadena de una fábrica de papel. Quizás para conocerme a mí.

Hacía cuatros años que Fran había acabado sus estudios de Filosofía. Sin embargo dedicaba todo su tiempo libre a lecturas no exactamente metafísicas: Laplace, Peirce, Bernouilli, Fisher, Galton, Borel, Kolmogoroff. Los grandes pensadores de la Teoría de la Probabilidad. "La Ciencia Determinista no existe, y Ella lo sabe", le gustaba bromear de vez en cuando, y sonreía enseñando sus dientes amarillos, pequeños y afilados.

En un turno de noche la cadena se paró. Él solía trabajar a mi derecha. Nunca habíamos hablado antes. A parte del ruido infernal, no hubiera tenido nada que decir a ese mequetrefe calvo que parecía un selenita. Fran podía simplificarse en aquel momento en un gesto beatífico elevado a una mirada ida, dividido por el logaritmo en base pi de una calva reluciente. Exclamó:

- ¡Es casi increíble! ¡Se han parado las cuatro!- y su voz era la de la Virgen María en un "hágase en mí según Tu Palabra".

Me pareció de mala educación no contestarle:

- Sí. Hoy estamos de suerte. (Ahí empezó mi perdición. Además, había mencionado en presencia del tipo la palabra *suerte*)

- ¿Suerte dices? Mira, compañero. La suministradora UNO suele estropearse una vez al mes (Tenía razón, era la más vieja de las cuatro) La DOS y la TRES, una vez cada dos meses, más o menos, lo tengo comprobado (Yo también lo tenía comprobado) Pero la nueva sólo ha fallado una vez en estos seis últimos meses.

Efectivamente, de vez en cuando las suministradoras de papel se averiaban, pero en menos de una hora volvían a escupir pliegos y más pliegos de papel, toneladas laminadas de papilla de árbol. Además, la empresa se curaba en salud: cuando una fallaba, aceleraba las otras. Problema resuelto. Hasta ahora nunca se habían parado todas a la vez, ni siquiera dos al mismo tiempo. De ahí, quizá, el embeleso de Fran.

- Pero, ¿tú sabes cuál es la probabilidad de que dejen de funcionar las cuatro en la misma hora de trabajo?- No era humano el que hablaba.

- Si me dejas dos minutos, sí.

Me acerqué al despacho y tomé prestada la calculadora del encargado que, en ese momento, debía de estar al borde del infarto.

- Una entre más de seis billones- le anuncié. Es decir, este accidente cabe esperarlo una vez cada siete millones de siglos. Ya te he dicho que hoy estábamos de suerte.

- ¡Exacto! ¡Exacto!- Ahora mi interlocutor era un poseído.

Aquí empezaba el principio del fin. De mi fin.

En menos de media hora ya funcionaban la UNO y la TRES. Fugaz felicidad. Efímera por definición. Pensar que pueda durar es optimismo, el optimismo es falta de información.

Media hora fue tiempo suficiente para sentir el abismo insensato de su mirada, su gesto extraviado, sus manos temblorosas, sus sobacos catíngudos. Treinta minutos para conocer al loco Fran. Hacía tiempo que se me había olvidado compadecer a la gente, así que me limité únicamente a observarlo. Él, mientras, me declaró su interés -obsesión- por cualquier fenómeno de carácter aleatorio - más tarde intentaría convencerme de que todos lo eran-; su exhaustivo conocimiento de los clásicos de la probabilidad. No obstante, su libro de cabecera era una autobiografía, la del médico y gran matemático italiano del siglo XVI, Cardano: un desgraciado que se empeñaba en arruinarse continuamente, aun a sabiendas de la inexorable ley de los grandes números.

Para mi desgracia yo también había leído el diario del ludópata Girolamo Cardano. Se lo dije. Error. Fue entonces cuando el demente empezó a considerarme como una alma gemela. Un iluminado encuentra a otro bendecido: el principio de un gran amor. Me hizo contarle que había cursado dos años de Estadística en la Facultad pero lo dejé porque, a causa de la muerte de mi padre, tenía que mantener a mi madre y hermanos. Ahora ya había desestimado la vuelta al estudio.

Me esperó a la salida. Me defendí argumentando que las seis de la mañana no eran horas para litigar el teorema de Bayes. Obcecado, obviaba mi esquivo y me atacaba con la paradoja de San Petersburgo.

Pude haberlo dejado plantado con su regla de Laplace y con el imposible período del número pi; abandonarlo desamparado en plena exhibición de conjeturas, paradojas, posibilidades y falacias; irme sin más. Irme a casa a dormir.

No lo hice. Fatalmente preferí el discurso acelerado del desconocido al insomnio invadido de fantasmas negros hablándome pausadamente en un árabe incomprensible mientras la misma mujer morena me sonreía siempre la misma despedida y me daba la espalda sin remedio. Mi novia Consuelo acababa de irse con un negro africano catedrático de Filología Árabe y yo llevaba dos semanas sin dormir ni una hora seguida, llorando sin Consuelo.

## ECCE HOMO

Fran invadía mi espacio. Me saturaba. Yo no lo evitaba. Cada día una conjetura; cada semana una paradoja. Era un pozo remoto: Oscuro y agitado. Fran casi no dormía. Soñaba dados formidables, imprevisibles ruletas, electrones errantes, gatos gödelianos, infinitos fractales. Cada cual sueña sus propias obsesiones: Lo que siente o quiere o imagina: Lo que lo define.

Yo, por mi parte, desde el abandono, me abandoné: Basé mi felicidad en estar triste. Era triste con el papel cíclico, con mi amable máquina de ajedrez; triste tocando el clarinete, triste con la almohada entre las piernas.

Con tristeza soportaba a Fran y me empleaba a fondo en sus provocativos laberintos probabilísticos. Ya no me sentía abrumado. Tristemente entretenido.

## CUMPLEAÑOS FELIZ

Fran solía cambiar su turno para coincidir con el mío para acosarme, ya fuera mediodía, noche o madrugada. Por mi parte, yo notaba un cambio en mi opinión

sobre Fran. Realmente, era un tipo que no transmitía ningún tipo de afecto, pero en mí crecía un leve estado de dependencia, un tenue síndrome de Estocolmo, podría decirse. De hecho, cada vez que me incorporaba al trabajo, lo buscaba, involuntario, por la nave. Fran no tenía familia, no tenía amigos, solo sus libros, sus naipes, sus ruletas. Yo también estaba solo desde el abandono de Consuelo. Solo y abatido. Los acertijos de Fran me ayudaban a sobrellevar la crisis.

Fran no era nada popular entre los compañeros de trabajo. No solía hablar con nadie. Una mañana, en el descanso del almuerzo, Carlos, el encargado, comentó:

- Fijaos qué curioso. Este fin de semana hemos celebrado el cumpleaños de Carlitos en un Mc Donald. Y qué raro, había otro chico de su clase que cumplía los años el mismo día. Y, no os lo perdáis, entre los padres había dos que también coincidían. ¡Qué extraño! ¿Eh?

- No creas.

Fran habló y los demás se le quedaron mirando. Fran no contaba. No hablaba de fútbol, ni de tías, ni de coches. No veía la Fórmula I ni las series de la tele.

- Que no crea, ¿qué? – parecía incomodado Carlos.

- ¿Cuántos estabais?

- Me parece que en la clase son veinticuatro.

- Pues eso, que es normal la coincidencia. Y de padres, si estabais casi todos, es, incluso, casi seguro.

- Casi seguro, ¿qué? – le espetó Roque, el mecánico.

- Pues que dos cumplan años el mismo día.

Sonrisas misericordiosas, miradas burlonas, murmullos despreciativos.

Fran zanjó la cuestión. Se dirigió a la secretaria.

- Berta, ¿cuántos estamos en nómina?

- Cuarenta, exactamente.

- Vale. Hacemos una cosa. Tienes en el ordenador la ficha de cada uno, ¿no?

- Claro.

- Vale. No te costará mucho comprobar si alguno de nosotros cumple los años el mismo día, ¿no?

- No, claro.

- Pues bien, Carlos, va una apuesta. Si hay dos personas entre la plantilla que cumplen años el mismo día, mañana pagas las bebidas del almuerzo; si no, las pago yo durante una semana.

Jolgorio general. Elena y Fina se miran sonrientes, pero no dicen nada.

El día siguiente, Carlos pagó las bebidas.

A la salida, Fran estaba esperándome en la calle. Me dio una palmada en la espalda y sonrió. Estaba muy contento.

- ¿Qué? ¿Qué tal estaba tu coca-cola? ¿Te gustan los macarrones? Venga, te invito a comer a casa.

Empecé a sentir por él una especie de simpatía cómplice.

## USTEDES ESTÁN EN UN GLOBO

De camino hacia su casa, paramos a comprar el pan.

- A Carlos seguro que le gusta mucho el cuento del matemático y los tíos del globo.

- ¿Cuál?

- ¿No lo sabes?

- Pues, no. No me suena.

- Sí, hombre. Es una historieta para descalificar a los matemáticos. Escucha.

- Dos hombres hacen una excursión en un globo. De repente, se levanta un viento huracanado. El globo se va a la deriva. Amaina la tempestad. Los tripulantes del globo han salvado el pellejo por los pelos. No tienen ni idea de a dónde han ido a parar. Se disponen a aterrizar en un prado. Abajo ven un paisano que les observa. El globo está a unos veinte metros del suelo. Oiga, buen hombre, le pregunta uno de los tripulantes. ¿Nos podría decir dónde estamos? El hombre se queda pensando, callado, un minuto, dos. Ustedes están en un globo, contesta por fin. El otro tripulante le hace una pregunta, casi afirmando. Oiga, usted es matemático, ¿verdad? El paisano se queda sorprendido. Sí, ¿por qué lo dice? Por tres razones, le explica el del globo. Una, porque lo que nos ha dicho es cierto. Dos, porque le ha costado mucho tiempo responder. Y tres, porque su contestación no nos sirve absolutamente para nada.

- ¿Cuánto vale una coca-cola?

- Ochenta céntimos.

-¿Y la cara que se le ha puesto a Carlos?

- Aún le estará dando vueltas a la cabeza.

## DOS PRIMOS CURIOSOS

Al salir de la panadería nos aborda un vendedor de cupones de la ONCE.

- Llevo la suerte empapelada, la suerte empapelada.

Fran se queda petrificado delante del hombre mirando los cupones que le cubren el pecho.

- ¡Es increíble! ¡Increíble!

- ¿El qué es increíble, Fran?

Parece en trance.

- Pero, ¿no te has fijado? Mira.

Y me señala dos de los números que cuelgan de la chaqueta del vendedor.  
10007. 99991.

- Sí, son números curiosos. Uno con muchos ceros y otro con muchos nueves.

- No, hombre no. ¡No es eso! El 10007 es el número primo más pequeño de cinco cifras y el 99991... ¡el primo más grande de cinco cifras! ¡Extraordinario!

- Déme dos de cada, por favor. Toma, amigo, la suerte empapelada.

Y me regala los dos cupones.

## NÚMEROS INTERESANTES

- Pues sí, sí que es sorprendente encontrarse de golpe y sopetón con dos números tan interesantes – le voy comentando a Fran subiendo las escaleras de su casa.

- Bueno, no creas. Si te fijas bien, al fin y al cabo, todos los números son interesantes.

Ahora soy yo el que se queda perplejo.

- No fastidies, Fran. ¿Cómo que todos los números son interesantes? Los primos, sí; los números perfectos, los números amigos; pero, ¿qué me dices del 45892, por ejemplo? ¿Qué tiene de interesante este número?

Fran se para en el rellano del primero.

- No lo sé. Pero lo es. Y te lo voy a demostrar. Por reducción al absurdo. Imagina que existen, como tú falsamente crees, números que no son interesantes. Estos números formarían un conjunto. Lo llamamos NI. Allí estaría el 45892, y muchos (o pocos) más. Muchos, según tú. Pues bien, esos números sosos los podremos ordenar de menor a mayor, ¿no? Habría entonces un número, llamémosle  $\Omega$ , por ejemplo, que sería el número más pequeño del conjunto de los números no interesantes. Vaya, eso es importante, ¿no? Es todo un título. Como decir el hombre más alto del mundo, o la mujer más pequeña del mundo.  $\Omega$  pasaría a formar parte del conjunto de números interesantes y llegaríamos así a una contradicción:  $\Omega$  sería al mismo tiempo interesante y no interesante. Contradicción que nace de suponer que existen números no interesantes. Ergo, todos los números son interesantes.

- Pero, ¿qué tiene de interesante el 45892? – me atrevo, tímido, a preguntar, esperando una respuesta mirífica.

- No sé. Algo tendrá.

## EL LORO CUATRO COLORES

Entramos en su piso y un estruendo de alas verdes nos da la bienvenida.  
Es un loro, un loro gritón que vuela por la casa.

- ¡Buenos días Fran! ¡Buenos días! ¡La ciencia determinista no existe y ella lo sabe! ¡Ella lo sabe! ¡Crrtt, crrtt!

Me asusta el bicho. Me tapo los ojos en un acto reflejo.

- Tranquilo, Pablo, tranquilo. Que no hace nada. Solo habla, habla sin parar.

- ¿También cuando está solo? – me atrevo a preguntar, quitándome las manos de la cara.

- No, creo que no. Cuando está solo, se dedica a dormir.

- ¿Cómo se llama? – le pregunto a Fran.

Fran acerca su boca a mi oreja y me susurra:

- Se llama Cuatro colores.

- Cuatro colores – repito yo, en voz alta.

Entonces el loro que, efectivamente, es de cuatro colores, verde, rojo, amarillo y azul, arranca acelerado:

*Dado cualquier mapa geográfico, éste puede ser coloreado con cuatro colores diferentes, de forma que no queden regiones adyacentes con el mismo color. ¡Crrtt, crrtt! El teorema de cuatro colores ha sido demostrado con la ayuda de un computador. La prueba, sin embargo, no es aceptada por todos los matemáticos dado que sería impracticable por su gran cantidad de detalles que una persona se vería imposibilitada de verificar manualmente. Sólo queda aceptar la exactitud del programa, del compilador y del computador en el cual*

*se ejecutó la prueba. ¡Crrrtt, crrrtt! Otro aspecto de la prueba, que puede ser considerado negativo, es su falta de*

- ¡Negro! – ordena Fran. Y el loro calla.

Me quedo perplejo.

- Pero, ¿cómo sabe todo esto el loro?

- ¿Todo esto, dices? Escucha.

Fran se acerca al loro, que se ha refugiado en su jaula después de que Fran mandara Negro.

- El Gato de Cheshire – le dice mirándole a los ojos extraviados del bicho.

*¡Y a continuación el Gato desapareció, lo mismo que la llama de una vela cuando se apaga! De modo que Alicia se encaminó a visitar a la Liebre de Marzo. ¡Crrrtt, crrrtt! ¡Y por el camino se encontró otra vez al Gato! Y le dijo que no le gustaba verle aparecer y desaparecer tan deprisa. ¡Crrrtt, crrrtt! Así que esta vez el Gato desapareció lentamente, empezando por el rabo y terminando por la sonrisa. Eso sí que es una cosa rara, una sonrisa sin Gato.*

- ¡Negro! – lo manda callar.

Vuelve a mirarlo a los ojos:

- La apuesta de Pascal:

*Tú puedes creer en Dios, si existe irás al cielo. ¡Crrrtt, crrrtt! Tú puedes creer en Dios, si no existe no ganarás nada. ¡Crrrtt, crrrtt! Tú puedes no creer en Dios, si no existe tampoco ganarás nada. ¡Crrrtt, crrrtt! Tú puedes no creer en Dios, si existe tú serás castigado ¡Crrrtt, crrrtt!*

- Aquiles y la tortuga – dicta ahora Fran.

*Aquiles, llamado "el de los pies ligeros" y el más hábil guerrero de los Aqueos, quien mató a Héctor, decide salir a competir en una carrera contra una tortuga. ¡Crrrtt, crrrtt! Ya que corre mucho más rápido que ella, y seguro de sus posibilidades, le da una gran ventaja inicial. ¡Crrrtt, crrrtt! Al darse la salida, Aquiles recorre en poco tiempo la distancia que los separaba inicialmente, pero al llegar allí descubre que la tortuga ya no está, sino que ha avanzado, más lentamente, un pequeño trecho. ¡Crrrtt, crrrtt! Sin desanimarse, sigue corriendo, pero al llegar de nuevo donde estaba la tortuga, esta ha avanzado un poco más. ¡Crrrtt, crrrtt! De este modo, Aquiles no ganará la carrera, ya que la tortuga estará siempre por delante de él. ¡Crrrtt, crrrtt! ¡Crrrtt, crrrtt!*

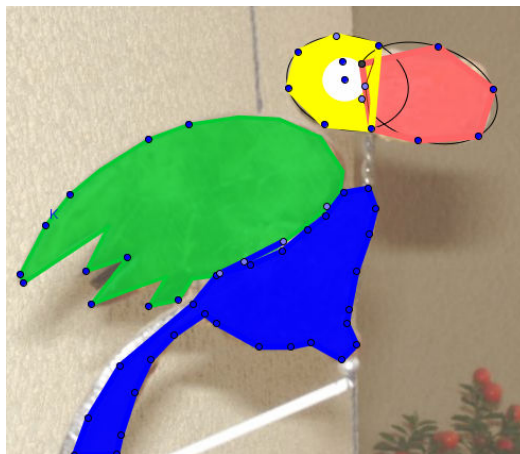
Estoy alucinado.

- Pero, ¿cómo sabe este animalejo recitar todo esto? ¿Quién le ha enseñado? ¿Has sido tú, Fran?

- Yo le he enseñado algunas cosas, pero la mayoría ya las sabía de antes.

- Y, ¿dónde lo encontraste?

- Un día, a la salida del turno de mañana pasé por una tienda de animales y me fijé en el bicho. Me miraba detrás del



escaparate con gesto triste, si es que puede reconocérsele tristeza a un loro. Yo me movía a derecha e izquierda y él me seguía avanzando el pico rojo hacia el

cristal. La tienda estaba cerrada. Volví por la tarde y entré. Me dirigí directo a su jaula y le dije lo típico, *Lorito, lorito; lorito, lorito*. Pero el loro no contestaba. Me miraba con gesto de indiferencia. Ya me iba cuando ocurrió algo muy extraño. Un japonés que acababa de comprar un hamster disparó contra el loro el fogonazo de su cámara de fotos. El loro cayó fulminado al suelo de la jaula. Todos temimos lo peor. En ese momento había en la tienda una monja que invocó a santa Teresa por la salvación del animal. El animal despertó. *Vivo sin vivir en mí*, fueron sus primeras palabras. La monja sonrió y le siguió el discurso al loro acompañando una mirada beatífica, *Y tan alta vida espero*, y el loro concluyó, *Que muero porque no muero*. Una lágrima serpeó por el rostro de la monja. No pregunté por el precio. Ni me acuerdo de lo que me costó. Lo compré con jaula incluida. Le pregunté a la dependiente qué comía, dónde debía poner la jaula, si debía cortarle de vez en cuando las uñas,... cosas así, que se me ocurrieron en el momento. La chica de la tienda me tranquilizó. La compra del loro llevaba incorporado un kit con los utensilios para su cuidado y un cuadernillo rosa de anillas en el que constaba su edad, las vacunas recibidas, su nombre, su última residencia, Genève, Suiza, y el nombre de su último dueño. Bresog.

- ¿Bresog?

- Sí, Bresog, así, sin más. El dueño murió ciego, en Ginebra, me informó la dependiente. En la última página del cuadernillo se leen unas líneas. No entendí nada entonces, ni ahora las entiendo. Espera, que te lo traigo. A ver si tú pillas algo.

Y me vuelvo a casa con el cuadernillo y unas ganas locas de echarme una siesta.

## BBI, BIB, IBB

Sé que Borges, aunque siempre lo ocultó, encontró escrito, en alguna página de algún tomo de la biblioteca de Babel, lo siguiente:

En el zoo de Barcelona, un chico intenta hacer una foto con su teléfono móvil a un mono. El móvil se cae dentro de la jaula. El mono lo atrapa y huye con él con tal resolución que el chico sabe que nunca lo recuperará. Les contará a sus padres que se lo han robado. El mono se llama Bib. Bib pulsa al azar algunas teclas y, sin querer, envía a algún otro móvil el siguiente mensaje:

ke algien me mande una demostrazion de la eksistenzia de dios

Al cabo de menos de dos segundos suena, muy lejos de allí, en el zoo de Chicago, un teléfono móvil. De alguna manera ese móvil ha llegado a las manos de una mona, Berta, que, con la musiquilla de la llamada, se anima a tocar, al azar, algunas teclas de su aparato. Así responde, involuntaria, al reclamo indeliberado de Bib. Esto es lo que le contesta: argumentum ornitolojicum ziero los ojos i beo djk djklid aujtnp dkweoi-we si dios no eksiste shqpoit s r f jyt gvbs

## SERIES

Fran me absorbe hasta el insomnio. Nos tomamos un café a la salida del turno de mañana, en una cafetería deprimente habitada por tipos que, a las seis y cuarto de la mañana de un martes, no esperan nada bueno de la vida. Todos

piensan en lo mismo. En su cama. Alguno, en una cama que no existe, la que alguna vez le esperó en algún sitio. Los demás, la mayoría, la cama que acaban de dejar y saben que encontrarán arrugada y fría al final del día, cuando de nuevo la luz de las calles se vuelva lechosa, como la de ahora. Esa luz turbia que pugna intentando hacerse paso entre el guiño triste y mortecino de las farolas trasnochadoras y los contenedores de basura, abatidos en estas horas tempranas, algunos con la boca abierta, pidiendo que alguien los devuelva a la dignidad de la verticalidad y la boca cerrada. Hay hombres y mujeres que se dirigen al trabajo. Los hombres tosen fuerte, algunos escupen en las aceras. Las mujeres han madrugado más, y han querido arreglarse el pelo, vestirse con tiempo, ocultar las ojeras, esa concentración de penas y fracasos acumulados, bolsas de lágrimas no derramadas. Tienen tiempo de pintarse, algunas, la raya de los ojos. Todos forman parte de la muchedumbre triste de las calles vacías, sucias, y las cucarachas, cuando sienten sus pisadas, sus alientos, sus toses, sus miedos, sus colonias, sus tacones inseguros, sus esputos, sus blasfemias, las cucarachas saben que se acabó, de momento, su trabajo por esta noche, y se esconden sin prisa por las rendijas del falso bienestar, por las fisuras de la felicidad insípida, de la prosperidad imprecisa.

No sé si Fran sabe lo que noto en ese momento.

- Todos estos tipos son hijos de sus padres. Tú eres hijo de tus padres, yo, de los míos. ¿Crees que hay un patrón?

-¿Qué quieres decir?

- Quiero decir lo que digo. Que si hay un molde. Si la serie se corresponde con los anteriores. Yo digo, por ejemplo, 2, 4, 6, 8, ¿Cuál sigue?

- Sigue el 10, claro.

- Claro que sí. Y ahora digo, tu tatarabuelo, tu bisabuelo, tu abuelo, tu padre,... ¿quién sigue?

- Sigo yo.

- Bravo, señor mono. Y ... ¿no sigue tu primo?

- Pues, no sé.

- Bueno, da igual. Algunos pensamos que lo de antes condiciona (¿o determina?) lo de ahora. Vamos a ver si eres capaz de seguir la serie.

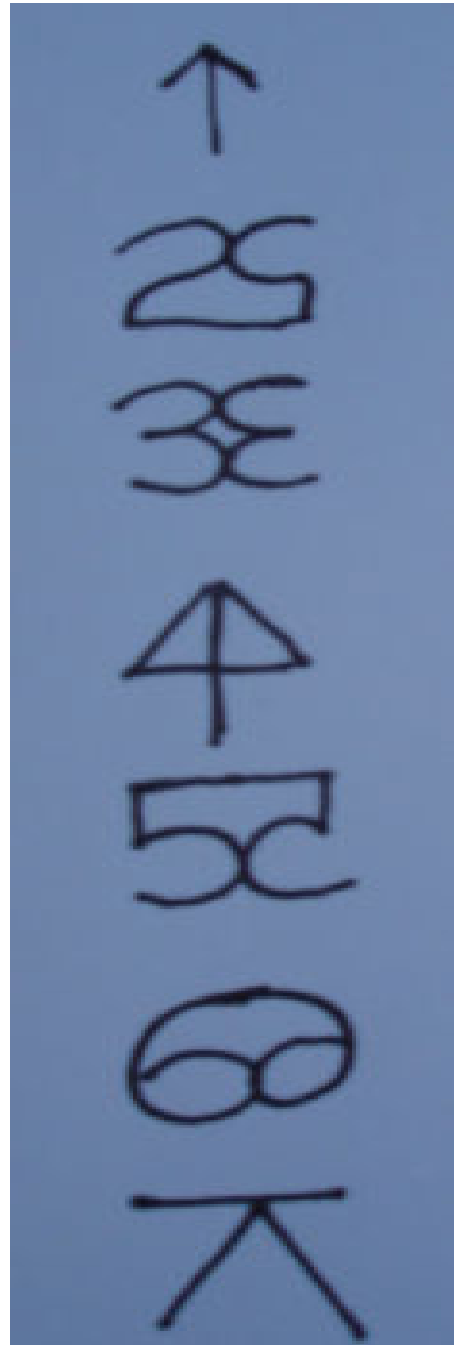
En ese momento pensé que Fran se contradecía. Por una parte me hablaba de patrones y por otra defendía a capa y espada que “La Ciencia determinista no existe, y Ella lo sabe”. Hasta el loro Cuatro colores lo predica.

¿En qué quedamos, Fran? Pero no digo nada.

Fran arranca una servilleta de papel del servilletero del mostrador y escribe, de arriba a abajo, esta serie de signos.

- Pues no lo veo.

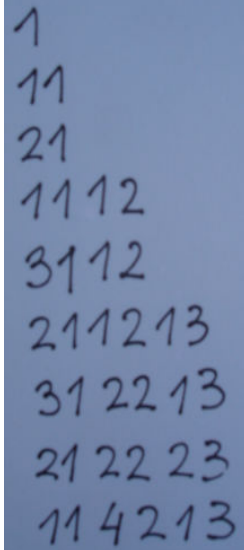
- Tranquilo, tómate tiempo. Llévatela a casa. Cuando la tengas, prueba con esta.



Y en otra servilleta anota, poco a poco, este otro vals de cifras.

## INSOMNIO

Aquella noche no duermo. La primera serie me sale pronto, pero la segunda, me desborda. Cuando la saco, ya amanece; una luna llena sonríe mi resultado.



1  
11  
21  
1112  
3112  
211213  
312213  
212223  
114213

## OTRA SERIE

Es el tiempo de la merienda, en el turno de la tarde del miércoles.

Me acerco a Fran y le ofrezco mis resultados.

- Muy bien, chaval, muy bien.

- Son distintas.

- S . Completamente. Una se resuelve con argumentos geométricos y la otra es referencial.  C mo sacaste la primera?

- Poniendo un folio en el eje de simetría.

- Qué bueno,  eh? Accedes al todo ocultando una parte. La mitad, en este caso.  Y la otra?

- La otra me costó más.

- Sí, claro. Es más difícil.

- Cuando la saqué me pegó un subid n. Es curioso; se utilizan los números con dos aplicaciones distintas. El primer número cuantifica una cifra que solo tiene

la función de ser nombrada. Un 1; dos 1; un 2, un 1; tres 1, un 2; tres 1, un 2, un tres. Elegante. Mira a ver que te parece esta - me atrevo a retar a Fran:

2, 10, 12, 16, 17, ...

- Esta no me gusta mucho. 18, 19, 200. – Contesta rápido Fran. - No es universal. En inglés no funciona.

## PARADOJAS

Cada día noto más raro a Fran. Ya no propone sus problemas, sus acertijos. Los impone. A Cuatro colores lo funde cada vez que voy a su casa. Antes el loro suponía exhibición, encanto, sorpresa. Ahora Fran esclaviza al animal. Un circo cruel:

- Ascensor – grita Fran una tarde lluviosa, en su casa. Y el loro arranca.

*En un edificio hay un ascensor. Suponemos que los tiempos medios de parada del ascensor en cada planta son iguales. Un señor que vive en una de las últimas plantas está muy molesto porque la mayoría de las veces que toma el ascensor está subiendo, cuando él quiere bajar. Algo parecido le ocurre a otro vecino que vive en una de las primeras plantas del edificio. Este vecino normalmente quiere subir, pero casi todas las veces que toma el ascensor está bajando. ¡Crrrtt, crrrtt! ¿Cómo es posible que la mayor parte de los ascensores esté subiendo y a la vez bajando? La explicación se encuentra en que, para el vecino que vive arriba, sólo bajarán los ascensores que provengan de pisos superiores, y subirán los que provengan de pisos inferiores. Como hay menos pisos por encima del suyo que por debajo, hay menos probabilidad de que los ascensores bajen. Lo mismo ocurre con el vecino que vive abajo, pero al revés. Sólo subirán los ascensores que estén por debajo de su piso, y bajarán los que estén por encima de su piso. Como hay menos pisos debajo del suyo que encima, habrá más posibilidades de que los ascensores bajen.*

- Quijote – propone ahora Fran. Obligado, recita Cuatro colores su discurso:

*A la entrada de un puente hay un guardia que pregunta a cada visitante para qué quiere cruzar el puente. Si el visitante responde la verdad, el guardia le deja pasar y no hay ningún tipo de problema. Sin embargo, si el visitante responde falso, es ahorcado en el acto. Un día llega un visitante. Cuando el guardia le pregunta que para qué va a la isla, el visitante le responde: ¡Crrtt, crrtt! He venido aquí para ser ahorcado...*

## EL TRAN-TRAN

Hoy me propone Fran una cita.

- ¿Quedamos mañana por la mañana a la entrada del parque grande?

Los dos tenemos el día libre.

Llego puntual. Un poco antes de las diez. Ahí está Fran. Una mesa de camping, un tapete verde, unos dados gordos, de colores.

Hay cuatro personas alrededor de la mesa, cuatro hombres.

<b>ROJO</b>	<b>4</b>	<b>4</b>	<b>4</b>	<b>4</b>	<b>4</b>	<b>4</b>
<b>AZUL</b>	<b>8</b>	<b>8</b>	<b>2</b>	<b>2</b>	<b>2</b>	<b>2</b>
<b>VERDE</b>	<b>7</b>	<b>7</b>	<b>7</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>
<b>AMARILLO</b>	<b>6</b>	<b>6</b>	<b>6</b>	<b>6</b>	<b>0</b>	<b>0</b>

- Vamos, chicos, ¿quién quiere jugar al Tran-Tran conmigo? Fran se dirige a un tipo calvo que, se nota, se muere de ganas por jugar.

- Elije un dado. El que tú quieras. Yo elegiré otro. Ponemos un euro cada uno encima de la mesa. Tú tiras tu dado. Yo, el mío. Gana los dos euros el que saque mayor puntuación en su dado.

El calvo elige el azul. Fran, el rojo. Azul, dos; rojo, cuatro. Pierde el calvo.

Quiere jugar de nuevo. Ahora el calvo elige el rojo, Fran, el amarillo. Cuatro el calvo; seis Fran. El calvo vuelve a perder.

Sigue el juego, con otros jugadores. A veces Fran pierde; a veces, gana.

Acaba el juego. Se van todos y nos quedamos solos, Fran y yo.

- ¿Quiere apostar, caballero?

No entiendo a Fran.

## TRAGASUERTES Y RENCONTRÉ

La tarde siguiente no me comenta nada de la mañana anterior. Y me invita a la plaza San Felipe.

- Ven, Pablo. Ven a jugar.

Ahora tira tres dados. Tres dados normales, numerados del uno al seis. Invita a apostar a un número. El jugador apuesta un euro al cuatro, pongamos. Si sale en uno de los tres dados el cuatro, gana un euro el jugador. Anima la partida Fran. Si sale el cuatro en dos dados, pagará dos euros. Si sale en los tres, dará tres euros. Así gasta la tarde y gana algo de dinero. Cuando se queda sin público cambia de juego. Enseguida aparecen cuatro o cinco mirones. Fran le ofrece al jugador diez cartas, las diez copas de la baraja española. El tiene los diez oros. Se barajan las cartas. Se van descubriendo simultáneamente las diez cartas, una a una; Fran, sus oros; el jugador, sus copas. Si coincide el número en alguna ocasión, gana Fran. Si no, pierde. A veces cambia y ofrece una baraja completa al

jugador y el se queda con otra. Ahora se enfrentan cuarenta cartas. Si coincide alguna con la de enfrente, gana Fran.

Cuando se van todos, Fran me comenta el juego.

-Este juego es muy antiguo. Rencontré, se llama. ¿Cuándo crees que hay más probabilidad de coincidencia? ¿Con más cartas o con menos cartas?

Me quedo pensando.

- Lo curioso es que a partir de seis o siete cartas, la probabilidad se estabiliza, prácticamente es la misma, un poco más del 60%. Curioso, ¿eh?

- Sí, curioso. Oye Fran, ¿por qué lo haces? – le pregunto cuando está plegando la mesa.

- ¿El qué? ¿Lo de jugar? Porque necesito dinero. Voy a hacer un viaje – me contesta.

## LA TRAGEDIA

Dos moscas se disputan apasionadas un grano infinitesimal de azúcar en una playa de Namibia y su afán puede originar un maremoto en San Feliu de Guixols.

De todas las observaciones de Fran, la más banal, la más trivial, provoca, a la postre, mi destrucción. La pregunta inocua "¿cada cuánto ves tres cifras repetidas en la matrícula de un coche?" me sorprende por vulgar. "Ya lo sabes, una de cada veinticinco, más o menos. ¿Por qué lo preguntas?". "Porque llevo días contabilizando dos de cada veintinueve".

Sonrío. Nunca había captado ningún tipo de sentido del humor en mi compañero.

La broma me alegra el día, pero, desde entonces, no he podido evitar ninguna matrícula. Mi vida vira hacia una única obsesión. Quedo atónito cuando, en la primera tanda de veintinueve matrículas, dos y sólo dos repiten tres veces una cifra. Busco más coches para salir del asombro. Otro ciclo de veintinueve y otro y otro. Un día, una semana. Aquel infierno continúa, incesante, invariable, inexorable. Esa frecuencia implacable me persigue.

Antes, mis viajes a la papelería resultaban relajantes, incluso placenteros. A veces ideaba divertidos anagramas, CONSUELO DUEÑE- CULO DE ENSUEÑO, o agónicos monvocálicos, SIN TI NI VI MI FIN. Inventaba amenos lipogramas y hasta palíndromos sintéticos, LA RUTA NATURAL. A veces estudiaba mediante el radiocassette el curso de árabe *Uaja: árabe en un mes*, no sé por qué. Con las notas lánguidas de Eric Satie sombreando mi alma en el ámbito de mi coche me soñaba tocando el clarinete en una cava de Marrakech. Pasaba por la finca de Berta Lladra Fosclam, la administrativa de la papelería. Fantaseaba con esa chica pecosa: sonriente, todavía en camión, me invitaba desde la ventana a desayunar en su casa. Me abría su puerta, sus sábanas, su camión, su vida. Yo tiraba la cinta magrebí a un charco y anagramizaba el nombre de mi amor definitivo, BERTA LLADRA FOSCLAM, LA SOMBRA DEL FRACTAL. Algunas mañanas escorbaba mi vehículo en un descampado cercano a la casa de la administrativa. Esperaba verla asomándose a la ventana y saludándome. Volvía a la carretera: *Salam malecum*, tristeza.

Ajeno a coches y matrículas, viajaba feliz y anumérico, tristemente entretenido.

Todo eso antes de la pesadilla de las matrículas. Ahora conducir era un delirio, un infierno. No podía evitar leer las placas buscando agónico el fin de esa perversa insistencia. Dos veces me salí de la carretera; una noche invadí el carril opuesto y un camión con tres cincos estuvo a punto de arrollarme.

El martes del accidente llovía. De veintiocho vehículos sólo uno triplicaba la cifra. Buscaba excitado la matrícula bondadosa que me devolviera a mi tristeza entretenida. Un coche rojo me adelantó vertiginoso. El agua me impidió ver mi probable salvación. Aceleré tras él. Pude leer: 0-0000-0. Quedé atónito y una sonrisa malévolamente de Fran invadió mi mente. No sé por qué frenó el coche rojo. El mío se empotró contra él. Me partí la espalda.

Sé que no andaré jamás.

## LA DESPEDIDA

Hoy he tenido visita. Fran y Berta, la administrativa de la papelería, cogidos de la mano. Él sin manchas en la chaqueta; sonrisa blanca, zapatos nuevos, sobacos limpios. Ella vestía una blusa blanca muy escotada: parecía un camisón.

Venían a despedirse. Marchaban de vacaciones a Lanzarote. Antes de irse, Fran ha ido al coche a buscar una caja grande llena de libros de matemáticas, de probabilidad, la mayoría. "Tómalos, yo ya no los necesito". Mientras lo decía, he presentido que aquello no era un regalo. Era un maleficio. También ha dejado a mi cuidado el loro Cuatro colores.

El loro habla sin cesar. En mi casa no necesita ninguna palabra clave para arrancar su verborrea incontinente. Solo calla si le pongo una manta sobre la jaula. Pero prefiero que hable. Mientras lo oigo, me quito pensamientos turbios de la mente.

*Cierro los ojos y veo una bandada de pájaros. La visión dura un segundo o acaso menos; no sé cuántos pájaros vi. ¿Era definido o indefinido su número? El problema involucra la existencia de Dios. ¡Crrrtt, crrrtt! Si Dios existe, el número es definido, porque Dios sabe cuántos pájaros vi. Si Dios no existe, el número es indefinido, porque nadie pudo llevar la cuenta.*

Estoy solo. Solo con el loro. No lo puedo evitar: Me acerco a la ventana a contar coches y números. Veintisiete y todavía ninguno. Se acerca un taxi, GR-8788-W.

*En tal caso, vi menos de diez pájaros (digamos) y más de uno; pero no vi nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres o dos pájaros. ¡Crrrtt, crrrtt! Vi un número entre diez y uno, que no es nueve, ocho, siete, seis, cinco, etcétera. Ese número entero es inconcebible, ergo,...*